

La filología o el arte de iluminar enigmas históricos

Quizá con alguna reminiscencia orteguiana dice Julio Caro Baroja en el prólogo a *Estudios vascos*:

El vasco no es una especie de ornotorrico o de ser aislado en el concierto de los pueblos... Dejemos el cliché del «perpetuo aislamiento», que explica fácil pero engañosamente la conservación de una lengua, que, sin duda, es lo más peculiar del vasco. Porque en la Europa occidental tal aislamiento es y ha sido físicamente imposible y el país vasco está en una de las más complicadas encrucijadas del continente (p. 8).

Creo que estas pocas líneas del autor contienen en forma extremadamente condensada lo que ha sido el *Leitmotiv* de buena parte de su incansable quehacer y extensa obra, a saber: la búsqueda inquieta, aunque serena, de conexiones culturales de los hechos vascos con los de otras latitudes próximas o algo más remotas. Todo ello, claro está, guiado siempre por el asombro sobrevenido ante la contemplación de la complejidad y abigarramiento semejantes en sociedad tan reducida en espacio cuanto secularmente asentada en él:

Y, sin embargo, el vasco sigue ahí con su lengua, con sus peculiaridades de carácter, con sus enigmáticas sorpresas (prólogo a *Vasconiana*, p. 9).

El propio Caro declara haber dedicado un tercio de su quehacer a asuntos vascos. La obra referida a estas cuestiones, dispersa aquí y allá, ha ido conociendo reelaboraciones sucesivas, parciales unas, más generales otras, hasta dar lugar a recopilaciones en forma de libros en los últimos tiempos, tal como se recogen en la bibliografía final. Sin duda, su preocupación ha ido destinada en primera instancia a luchar contra la inexactitud en el análisis e interpretación de los hechos, contra la simplificación peligrosa, cuando no tendenciosa, contra la falta de garantía científica, en definitiva. Todo ello ha llevado al autor a replantearse las mismas preocupaciones a la luz

de nuevos datos, teorías o enfoques metodológicos, volviendo sobre los mismos hechos cuantas veces ha creído necesario, para actualizar así su pensamiento y ayudar al lector a entender el alcance de sus reflexiones, tanto pretéritas como más próximas.

Ya en 1946, en una obra que hoy sigue siendo la base sólida para el estudio del impacto producido por el encuentro de dos culturas fusionadas en parte y en parte diferenciadas, a saber, la vasca y la latina, decía Caro Baroja:

Se ha fantaseado tanto acerca del vasco, que los romanistas españoles lo han abandonado y los que no lo son lo han utilizado para toda clase de ejercicios de gimnasia lingüística (*Materiales para el estudio de la lengua vasca en su relación con la latina*, p. 100).

Es exactamente lo contrario lo que Caro ha hecho a lo largo de toda su obra. Y es que son los hechos lingüísticos los que nos permiten el acceso al conocimiento de la historia, de tal manera que su preocupación fundamental ha sido la búsqueda y rastreo de constataciones históricas a través de la lengua, o, mejor, de las lenguas.

I. El sustrato lingüístico en el pasado hispánico

Siguiendo un orden cronológico, por hablar en términos históricos, podemos comenzar diciendo que Caro se muestra contrario a las tesis de los sustratos, pues implican la existencia de cierta unidad lingüística preindoeuropea (*Materiales*, p. 213), cosa que no le parece acertada:

Para obrar con criterio científico, en el terreno lingüístico que plantean los materiales estudiados por los teóricos del sustrato, no podemos convertir la idea fundamental de la «difusión» en algo esquemático y desprovisto de vida. La difusión de los bienes culturales, así como la de las palabras e idiomas ostenta muy variadas formas que, justamente, la teoría del sustrato viene a ocultar, de la misma manera como la hipótesis de la evolución unilineal ocultó la realidad de los fenómenos particulares y concretos de transmisión de ideas y bienes culturales en la Etnología de hace sesenta años.

II. Situación lingüística peninsular en época prerromana

La Hispania anterior a la llegada del latín no era homogénea lingüísticamente hablando, sino diversa. La tesis defensora de que el vasco es hoy el único resto de una lengua, el ibero, hablada antiguamente en toda la Península Ibérica, tesis ligada en ocasiones a la idea de la existencia de una comunidad peninsular en época primitiva que identifica vasco con ibé-

rico, fue bautizada por Caro Baroja como «vascoiberismo» y gozó de gran prestigio hasta bien entrado el siglo XX. Su historia (magníficamente estudiada por Caro en «Observaciones sobre la hipótesis del vasco-iberismo considerada desde el punto de vista histórico») ha sido compleja y ha estado ininterrumpidamente trezada de defensores y detractores, cuyas corrientes de opinión se han ido remodelando paralelamente a los progresos científicos, sobre todo a aquellos relacionados con la (im)posibilidad de traducción del ibero mediante el vasco. Sobre esta cuestión dice Caro:

Entonces y después he sido mucho más cauto que la generalidad de los vascoiberistas cien por cien, para señalar concordancias. Sigo creyendo que las hay, pero que no es cuestión de leer al ibérico a golpe de diccionario euskérico (*Sobre la lengua vasca*, prólogo, p. 9).

No hay que olvidar que Caro ha hecho propuestas y observaciones importantes para la lectura de la escritura ibérica. Su nombre, junto al de Antonio Tovar y Luis Michelena, entre otros cada vez más numerosos, es cita obligada en toda revisión que haya de hacerse sobre lecturas ibéricas, y representa el eslabón científico de una cadena de trabajos que se apoyan mutuamente, al tiempo que constituyen la propuesta más fehaciente para la interpretación del ibérico en el marco aún inseguro de la investigación actual.

III. Lengua aquitana y lengua vasca

No es fácil delimitar los elementos vascoaquitanos de los indoeuropeos. Por lo que a la onomástica se refiere, los paralelos vascoaquitanos no dejan lugar a dudas y es mérito de Caro haber notado la coincidencia en la declinación de los antropónimos aquitanos con otros vascos conservados en documentos medievales. En suma, podemos decir que la actual toponimia vasca está llena de elementos latinos combinados con elementos aquitanos (vascoïdes) y célticos (*Materiales*, p. 211). Esta afirmación sigue siendo hoy muy válida y sobre esta comparación de la onomástica aquitana con la vasca se asientan trabajos recientes de estudiosos del área aquitana, en los que dicho aserto se confirma sin el menor atisbo de duda.

IV. Lengua vasca y lengua latina

En la historia de la lengua vasca, el impacto derivado de su relación con el mundo latino y su lengua reviste caracteres importantes por el cambio que va a sufrir la sociedad y su vehículo lingüístico, por un lado, pero, y sobre todo, porque a partir de este momento el estudio de lo euskérico

resulta ya más accesible al investigador riguroso gracias a la aplicación del método histórico o de otros vinculados a él en alguna medida. En este sentido, la obra *Materiales para el estudio de la lengua vasca en su relación con la latina* (publicada en 1945) es absolutamente ejemplar, además de que constituye, todavía hoy, el punto de partida obligado para todo trabajo de historia lingüística en el que se trate de la influencia de la lengua y cultura latinas sobre el ámbito vasco. En ella, Caro maneja adecuadamente la obra de Ramón Menéndez Pidal y Henri Gavel, da muestras de conocer bien a Hugo Schuchardt, utiliza las fuentes históricas con gran maestría y sitúa los datos históricos en el contexto apropiado. El resultado es una obra sólida, en la que el método filológico y el histórico se conjugan en forma tal que de su entrelazamiento se obtiene una reconstrucción del pasado convincente y esclarecedora.

V. Palabras y cosas

Caro ha elaborado, de esta manera, principios importantes a la hora de comprender los hechos en su verdadera dimensión. Así, por ejemplo, la conjunción de palabras y cosas ha sido correctamente planteada al señalar, frente a lo que a primera vista pudiera pensarse, que la introducción de un vocablo no implica necesariamente la introducción del objeto que designa. Es sabido, y Caro ha contribuido también en buena medida a este conocimiento, el gran número de voces de procedencia latina adoptadas por la lengua vasca, voces que pertenecen a ámbitos diferentes, pero que, en una gran medida, se refieren a elementos de la cultura material. Pues bien, para designar el arado, la lengua vasca utiliza la palabra *golde*, sin duda derivada de la latina *CVLTER*, lo que llevó a un estudioso de la talla de Rohlf s a pensar que el arado no había sido conocido por los vascos antes de época romana. Caro, uniendo a sus conocimientos etnológicos otros estrictamente lingüísticos, recordó que en el país vasco había rejas de arado de la época celta, muy anteriores a la romanización, de cuya existencia da buena fe la arqueología (*Sobre la lengua vasca*, p. 31, n. 1). Y es que la fecha de entrada de vocablos latinos en vasco no es siempre fácil de establecer y ello exige tomar las debidas cautelas antes de hacer afirmaciones aparentemente precisas.

VI. Romanización de Hispania

Por lo que se refiere a la romanización de Hispania, los estudios de Marcelo Vigil nos han enseñado que la romanización no se limitó a una simple